

LA ARGENTINA QUE EINSTEIN VISITÓ

Félix Luna

El Profesor Félix Luna, nació en Buenos Aires en 1925, precisamente el año en que Einstein llega a la Argentina. Se graduó de abogado en la Facultad de Derecho de la UBA. Escribió numerosísimas obras de historia, ensayo, ficción, periodísticas y musicales. En 1954 publicó "Yrigoyen" y tres años más tarde recibió su primer premio: otorgado por la Dirección de Cultura de la Nación al mejor cuento costumbrista: "La fusilación". Un año después apareció "Alvear" y, en 1962, el ensayo histórico "Diálogos con Frondizi". Entre 1964-1973 fue editorialista en el diario "Clarín", colaborando también en otros diarios y revistas de la Capital y del interior del país. Entre 1963 y 1976 ejerció la docencia como profesor de Historia de las Instituciones en la Facultad de Derecho de la UBA. También fue profesor en las Facultades de Humanidades -de la Universidad de Belgrano- y de Ciencias Políticas -de la Universidad del Salvador-, esta última en 1977.

Junto a Ariel Ramírez escribió los versos de varias obras musicales, tales como La Misa Criolla (en 1963); Los Caudillos (en 1966); "Mujeres argentinas" (en 1968) y "Cantata sudamericana" (en 1971). En el año 1967 fundó la revista "Todo es Historia", todo un referente en la vida intelectual de nuestro país.

La década de los 80 es particular, ya que además de editar libros, Félix Luna incursiona en otros medios como la televisión y la radio. De ese período son: "Buenos Aires y el país": un programa especial en miniserie emitido por canal 11, en 1984, y el programa "Todo es Historia", que pasó por varios canales desde 1983 hasta 1987. Junto a Miguel Ángel Merellano llevó adelante también el programa radial "Hilando nuestra historia", que se emitió entre 1977 y 1982 en las radios Continental y Rivadavia.

El Profesor Luna fue distinguido con gran cantidad de premios, entre ellos, el Premio Consagración Nacional, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación (en 1992), los Premios "Konex", en Historia y Folklore (en 1985) y en Biografías históricas (en 1994). Es además Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia (desde 1992); de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (desde 1998); y de la Academia Nacional de Periodismo (desde el 2000).

Por su destacable labor, ha recibido distinciones de los gobiernos de Francia, Perú, Brasil y Chile: ha sido nombrado Comendador de la orden del Mérito de Francia (en 1988); ha recibido la Orden del Sol, de Perú (en 1990), la Orden de Cruzeiro do Sul de la Embajada de Brasil (en 1998); y la Orden de Bernardo O'Higgins, de Chile (en el año 2000). Ha sido además nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Belgrano en el año 2003 y Ciudadano Ilustre de la ciudad de Buenos Aires en 1996.

En los años transcurridos entre el Centenario de la Revolución de Mayo y la gran crisis de 1930, la ciudad de Buenos Aires vive décadas de inusitado esplendor. Los esfuerzos de embellecimiento de la ciudad, hechos por el intendente Manuel Güiraldes, la visita de la infanta Isabel de Borbón, los fastuosos bailes organizados por los más conspicuos representantes de la clase agropecuaria porteña en los palacetes del Barrio norte, y hasta el brillo especial del Cometa Halley -cuyo perihelio fue apenas 35 días antes de nuestra fecha patria en 1910-, constituyeron una conjunción única que hizo que la "Reina del Plata" gozara de una popularidad y de un prestigio universales.

Esto era lo que se veía puertas hacia afuera. Internamente, la situación era mucho más caliente, y no precisamente porque la cola del cometa Halley barriese la atmósfera de la Tierra con su supuesta estela de cianógeno venenoso... No, en la Argentina, esos eran años de fraudes y de "cometa electoral", donde votaba un ínfimo porcentaje de la ciudadanía y donde el resultado lo decidían los caudillejos parroquiales. El mismo Julio Argentino Roca se horrorizó cuando en 1908 tuvo que integrar una mesa electoral y pudo comprobar personalmente el nivel de corrupción existente. Los protagonistas de esas "Fuerzas del Mal" eran varios. Pero seleccionemos uno; uno cualquiera...



PELUDO—¡Oh, Ganghi, padre de la 14a. Después de mi traición patética voy a tener necesidad de tu ayuda. No me abandones!
GANGHI—¡Sofra, mejite! Yo soy gaodiyó de la pastes de Pellegrine, e no me ajunto con peludes atorrantes e apóstates! Tenese que pagare con otros treinta años de ostracismo la macane que has heche!... ¡Sofra, mejite!

Como dice Miguel Angel Cárcano en su libro "La revolución por los comicios": "El caudillo conservador [Cayetano] Ganghi tenía la reputación de ser el mayor acaparador de libretas cívicas. Las retenía en su poder y el día de los comicios las enviaba con sujetos de su confianza para que votaran por el candidato que él indicara, sin que los dueños reales de ellas concurrieran al comicio." Para muestra basta un botón: "Roca es un poroto a mi lado. Tengo 2.500 libretas" (éste es el texto de una Carta de Cayetano Ganghi a Sáenz Peña, del 17 de Mayo de 1908).

Luego vendría la ley Sáenz Peña de 1912, que intentaría blanquear el sistema electoral con la instauración del voto secreto, universal, obligatorio y garantido; luego, el subterráneo en 1913 -el primero en Sudamérica-, los años locos de la década de 1920, la visita de Humberto de Saboya -príncipe del Piamonte- en 1924 y, finalmente, la del exótico Maharajá de Kapurtala y del no menos exótico Albert Einstein, ambos en 1925.

Esta es un poco la situación "político-astronómico-social" de nuestro país en el primer cuarto del siglo XX, contada algo rápido y en forma muy incompleta. Para conocer la historia con lujo de detalles, nadie mejor que el Profesor Félix Luna, cuya conferencia transcribimos a continuación.

“La Argentina que Einstein visitó”*

Conferencia pronunciada por Félix Luna el 7 de abril 2005, en el Centro Cultural Borges.

Cuando Alvear era presidente, Albert Einstein desembarcó en Buenos Aires. Habrá encontrado una ciudad chata, y extendida, pero que ya mostraba sobre todo en el centro, signos de evidente modernismo. Se estaban abriendo las diagonales: norte y sur; había grandes edificios estatales: la Casa Rosada, el Palacio del Congreso, el Palacio de Tribunales, y algunos edificios de colegios o dedicados a la enseñanza, que sobresalían por su importancia y su suntuosidad: la escuela Otto Krause, el colegio Bernasconi, y algunos colegios privados. Había palacios: el de Duhau, el de Pereda, el de Martínez de Hoz, el de Pereira Iraola. Había barrios que parecían, vagamente, un pedazo de París, por la arquitectura francesa que ostentaban sus edificios. Buenos Aires vivía una intensa vida comercial y de trabajo durante el día, y una vida nocturna que sobre todo se manifestaba en calles como Corrientes y Maipú, donde muchos teatros y cines convocaban al público porteño. Había muchísimos cines, y ahí reinaban abiertamente las películas norteamericanas. Ya estaban el Capitol, el Gran Splendid, entre muchos otros.

Einstein se alojó, como sabemos, en una casa de Belgrano. Belgrano entonces era casi un pueblo separado de la Capital, aunque formaba parte del ejido porteño. Se llegaba generalmente en tren y las características del barrio: sus grandes mansiones, las arboledas de sus calles, le daban una fisonomía muy particular.

La venida de Einstein a la Argentina no fue una casualidad ni respondió a una invitación circunstancial. En un reportaje que le hicieron a Einstein poco tiempo antes de embarcarse hacia nuestro país, él decía que su venida a la Argentina respondía sobre todo a dos condiciones: una, un país donde hubiera una cierta “densidad científica”. No lo decía así, pero uno deduce de sus palabras que lo que buscaba Einstein era un país donde hubiera un medio académico y universitario capaz de entender, o al menos de recoger, su teoría. La relatividad había sido consagrada, de algún modo, dos años antes con el Premio Nobel que se le otorgó. Pero Einstein tenía interés en seguir difundirla. Y para difundirla, naturalmente necesitaba interlocutores válidos. Y éstos no los encontraba en otros países de América Latina pero sí en la Argentina, donde el nivel de las universidades, especialmente el de la Universidad de La Plata, eran realmente muy importantes y donde el sabio se encontraba perfectamente cómodo para exponer sus hipótesis y sus conjeturas, y sus certezas también.

El otro eje que respondía a la visita de Einstein a la Argentina era la existencia de una colectividad judía significativa. A tal punto que Einstein habló en la Sociedad Hebraica y manifestó su interés por conocer las colonias judías de Entre Ríos. Finalmente, no llegó a ir, pero sus contactos con la colectividad judía fueron numerosos, y pronunció una conferencia dedicada, justamente, al sionismo.

* Publicado en “El Universo de Einstein: 1905 – *annus mirabilis* – 2005”, Alejandro Gangui (ed.), Editorial Eudeba, Buenos Aires, 2007. <http://www.universoeinstein.com.ar/>

¿Qué país encontró Einstein? Por de pronto, la Argentina era sin duda, en ese momento, el país más adelantado de América Latina. Era la expresión de la civilización europea más lograda en este continente: instituciones sólidas, una clase media creciente, un nivel de vida general bastante satisfactorio. Tenía el país, además, un tipo de exportaciones que aseguraban una economía sólida. Y por sobre todas las cosas, para la época, era importante el hecho de que se tratara de un país poblado mayoritariamente de gente blanca. Hoy esta idea nos puede parecer racista, pero en aquella época se decía abiertamente como una característica positiva de la Argentina. Y efectivamente, nuestro país había fraguado su anterior población criolla con los aportes inmigratorios que habían venido desde 1880 en adelante y, en consecuencia, su población era mayoritariamente de origen europeo. Y esto también se tenía en cuenta cuando de considerar a la Argentina como un país progresista se trataba. Para la época, la Argentina era, o el país más chico de los países grandes, o el país más grande de los países chicos.

De todos modos, era una nación que había que tomar en consideración y así trataron de hacer que se hiciera los presidentes Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. de Alvear cada vez que tuvieron que dar a la Argentina una presencia internacional. Yrigoyen, al constituirse la Sociedad de las Naciones, en 1919-1920, cuando planteó la exigencia de que la Sociedad de las Naciones incluyera a todas las naciones –no solamente a las vencedoras en la Guerra- y al no atenderse a esta exigencia, retiró su delegación de Ginebra. Y Alvear, que también mostró lo que era la presencia argentina y su importancia en el conflicto con el Vaticano, derivado del no acuerdo del Vaticano para su propuesta de hacer obispo de Buenos Aires a Monseñor Miguel de Andrea. Fue un entredicho que duró tres años, que fue complicado y que mantuvo bastante preocupada a la sede episcopal de Buenos Aires durante ese lapso.

Podríamos decir que en ese momento las instituciones democráticas de la Argentina parecían definitivamente asentadas. Después de que la ley electoral de Sáenz Peña permite el acceso del radicalismo al poder, después de que Yrigoyen llega a la presidencia, esa transición de un gobierno de minorías a un gobierno popular se hace pacíficamente. Se hace sin que la subitaneidad del tránsito, como hubiera dicho Ortega y Gasset, fuera traumática para nadie. Un proceso que en otros países de América costó años de guerras civiles y de sangre, se hizo en la Argentina de una manera, yo diría, elegante. La oligarquía resignó su poder y lo entregó a los partidos populares. O tal vez votó las leyes electorales sin caer en la cuenta de que esas leyes significaban su desplazamiento del gobierno. En realidad, si uno lo piensa bien, la política de Roca, de una apertura de la inmigración en forma indiscriminada, sin ningún tipo de control, y la política, también de Roca, de la ley de educación libre, gratuita, laica, universal y obligatoria –la ley 1420– significaban, de algún modo, el desplazamiento –a corto o mediano plazo– de la oligarquía del poder. Porque deje usted que entren los inmigrantes, déle usted a sus hijos instrucción para que vayan a la escuela primaria, al colegio secundario, a la universidad, y en diez o quince años habrá una clase apta, inteligente y profesional que va a reclamar su lugar bajo el sol, y que no va a admitir que el país siga manejándose a través de estrechos círculos oligárquicos.

Pero fuera como fuera, el gobierno de Yrigoyen, salvo algunos remezones que tuvo, cumplió su función de ser un renovador de la vida argentina. Alvear, del mismo partido que Yrigoyen, fue elegido en 1922, y con él la política entró en un campo más pragmático, para no decir más conservador. Alvear no tenía la vocación innovadora de Yrigoyen. Él se contentaba con ser un presidente democrático, pero también fue un presidente que manejaba los hilos de la administración con mucha parsimonia. Su gabinete era un gabinete de notables. Cualquiera de sus ministros podría haber sido presidente y él se limitaba a arbitrar, en el gabinete, las posiciones encontradas que pudieran tener sus colaboradores.

En realidad, el tema más peliagudo que tuvo que soportar Alvear, y que justamente en el año 1925 hizo crisis, fue el tema de la provincia de Buenos Aires. El radicalismo se había dividido en dos alas: una se conservaba fiel a Yrigoyen y la otra apoyaba al gobierno de Alvear y atacaba a Yrigoyen con el pretexto de que era una conducción demasiado personalista. “Antipersonalistas” e “yrigoyenistas”, entonces, formaban dos alas en las que el viejo radicalismo se había dividido.

La provincia de Buenos Aires era un baluarte del yrigoyenismo. Tenía un gobernador que era yrigoyenista: José Luis Cantilo, y en general las masas de las comunas y de los pueblos de la provincia de Buenos Aires respondían a Yrigoyen. Entonces, los antipersonalistas que rodeaban a Alvear lo presionaron para que Alvear decretara la intervención a la provincia de Buenos Aires y se dismantelara ese baluarte yrigoyenista. Era la condición previa y necesaria para que en las elecciones presidenciales de Yrigoyen pudiera triunfar un candidato antipersonalista que sería acompañado –como lo fue– por los elementos conservadores que todavía subsistían.

Entonces, el tema político del año, de ese año 1925, fue si se intervenía o no la provincia de Buenos Aires. Y en esto, Alvear, a pesar de tener afinidad con los que pedían y reclamaban la intervención a la provincia de Buenos Aires, actuó como un presidente legalista. No se prestó a esa maniobra, que no tenía ningún fundamento legal, y les dijo a sus amigos: si ustedes se animan, peléenla, pero no cuenten conmigo para hacer una intervención que sería a todas luces infundada e ilegal. Eso estalló en el mes de agosto de 1925 cuando Vicente Gallo, ministro del interior, se vio obligado a renunciar y es reemplazado por José Tamborini. Tamborini era más amigo de los yrigoyenistas y en consecuencia su presencia en el Ministerio del Interior significaba que la provincia de Buenos Aires no sería intervenida. Y a largo plazo, para los entendidos, significaba también que Yrigoyen volvería a ser presidente en 1928.

Por otra parte, las instituciones funcionaban normalmente. Pocas veces hubo un Congreso con un nivel tan importante de capacidad, de fineza política y de personalidades que lo poblaban. Pocas veces hubo debates tan importantes y tan levantados como los de esos años. En las provincias había un escenario variopinto con provincias dominadas por los conservadores, como la de Córdoba, la de Corrientes, la de Salta, otras manejadas por los yrigoyenistas, otras por los antipersonalistas. Entonces, formaban un juego político interesante. A nadie se le ocurría que esta estabilidad política pudiera ser de algún modo interrumpida.

Y es que esto se compadecía también con la economía del país. Una economía que se fundaba básicamente en los productos agropecuarios, en especial los cereales, los oleaginosos y básicamente las carnes congeladas. Nuestro principal cliente e inversor era Gran Bretaña. En realidad, pocas veces se ha dado en la historia contemporánea una asociación tan lógica y tan fructífera para sus socios como la que existió durante más de veinte años entre Argentina y Gran Bretaña. Gran Bretaña había invertido mucho dinero en el país para poner en marcha una serie de emprendimientos: los ferrocarriles, por de pronto, que en su mayoría pertenecían a compañías de origen inglés, compañías de seguros, algunos bancos y también explotación de estancias. Fueron muchos y muy importantes los campos explotados por capitales ingleses, que lo hacían además inteligentemente y de una manera orgánica, no como una explotación intensiva y degradante, sino como una explotación muy racional que fue admirada años después.

Esas inversiones suponían intereses que se giraban a Gran Bretaña y que eran cobrados por miles y miles de pequeños accionistas que habían creído en la Argentina en su momento y que habían invertido sus ahorros en acciones de compañías instaladas aquí. Pero a su vez, Gran Bretaña era el gran consumidor de carnes argentinas y de buena parte de los cereales exportados a Europa. Nuestro país, por su parte, importaba de Gran Bretaña carbón para los ferrocarriles, máquinas ferroviarias, metales para los rieles, paños y otros productos elaborados. Cualquiera que ande por los pueblos de la provincia de Buenos Aires, y frecuente alguna de sus viejas fondas, podrá ver ahí esos platos de loza, esas soperas, que son productos de gran calidad, de gran duración y resistencia, y que fueron parte de los muchísimos productos exportados por Gran Bretaña con destino a la Argentina.

Entonces el comercio recíproco de Argentina y Gran Bretaña era muy complementario. Gran Bretaña ya no tenía campos para explotar desde que la revolución industrial a lo largo del siglo XIX fue echando a sus habitantes rurales a las ciudades para convertirlos en proletarios. Pero en cambio sí generaba productos industriales, elaborados, con valor agregado. Nuestro país, en cambio, tenía grandes extensiones de tierra de donde podían salir los productos para alimentar la población de la isla. Entonces el intercambio era perfectamente complementario. Gran Bretaña tenía un déficit en este comercio: siempre nos debía plata. Pero a su vez, como la Argentina tenía déficit con Estados Unidos, por su intercambio –Estados Unidos ya en la década del 1920 tenía capitales importantes invertidos aquí–, y había establecido un comercio bastante activo, del cual nosotros éramos socios deficitarios, entonces se armaba una triangulación muy cómoda. Los déficits que Gran Bretaña tenía que mandarnos por remesa para cubrirlos aquí, los enviaba a los Estados Unidos y este último, con eso, se cobraba los déficits que la Argentina tenía en su comercio con Estados Unidos.

Repito, pocas veces se ha dado en la historia contemporánea una asociación tan cómoda y tan beneficiosa también. Lo malo es que se creyó que esta asociación duraría para siempre. Y en realidad nunca este tipo de sociedades es eterna. Depende de muchos factores para poder prolongarse. Y cualquiera que hubiera visto con un ojo agudo la competencia sorda, pero existente, entre Gran Bretaña y Estados Unidos, hubiera visto

que Gran Bretaña inevitablemente era la perdedora. Porque no podía competir el ferrocarril con el automotor; no podía competir el carbón con la nafta; no se podían comparar los productos elaborados en Estados Unidos, más modernos, más sofisticados, más apegados a llenar las exigencias de la vida cotidiana, con lo que nos mandaba Gran Bretaña. Pero faltarían todavía años antes de que Gran Bretaña tuviera que irse retirando del mercado argentino.

En el año 1925 eso funcionaba perfectamente y significaba para nuestro país gruesas sumas de dinero que el Estado invertía sabiamente, sobre todo en educación. De modo que la relación con Gran Bretaña era un elemento característico y definitivo en la vida argentina en aquellos años. Y esto quedó de manifiesto con la célebre visita del Príncipe de Gales. Un mes y medio estuvo aquí, en agosto y septiembre, el futuro Eduardo VII. Y su visita concitó una suerte de oleada de exagerado entusiasmo por parte de los medios de opinión, sobre todo de los grandes diarios. *La Nación*, por ejemplo, publicó durante un mes, *antes* de que llegara el Príncipe de Gales a Buenos Aires, su viaje por África. Y en primera página figuraban todos los eventos en los que había participado el Príncipe de Gales y los trofeos que le había dado el cacique tal de la tribu tal en Sudáfrica, o los ritos en los que había participado en cualquier otro punto del continente negro. Imagínense cuando llega a Buenos Aires: páginas y páginas de los diarios dedicadas a las más íntimas actividades del Príncipe, que por otra parte resultó una figura bastante anodina, con grandes noches de francachela y de whisky, que le significaron muchas veces impuntualidad en sus compromisos, pero que encandiló a los noveleros porteños que veían en ese muchacho joven y un poco enteco la representación de nuestra amistad fundamental con Gran Bretaña.

Por otra parte la Argentina de aquellos años, especialmente en 1925, tenía un movimiento cultural importante para la época. No hablo ya de las universidades, a las que la reforma acaecida en el año 1918 renovó y revitalizó la vida académica, la conducción de las universidades mismas y el papel del estudiantado, sino también de grupos de intelectuales que en los diversos campos se manifestaban. La revista *Martín Fierro*, por ejemplo, que aparecía en esos años, se formaba por un pequeño grupo de intelectuales que era un cuestionador permanente de todo lo que ocurría en el país; en el terreno intelectual, y en el terreno político y social también. Sus bromas eran célebres; sus epitafios se han repetido muchas veces. Sobre todo cuestionaban a Leopoldo Lugones que era el gran vate o la gran voz de la intelectualidad argentina, con toda razón, porque Leopoldo Lugones, pese a sus desvíos de izquierda y de derecha, era un hombre que manejaba la prosa con gran maestría.

Proa había sido una revista que había aparecido hasta el año anterior, hasta el 1924, un poco más elitista. Otra revista: *Nosotros*, de Roberto Giusti, entre otros directores, se manifestaba como un organismo un poco más convencional pero tenía veinte años de existencia, lo cual era realmente casi milagroso. Ricardo Güiraldes en 1925 estaba terminando de escribir *Don Segundo Sombra*, que aparecería al año siguiente y que fue como la inauguración de una novelística basada en nuestros propios paisajes y en nuestros propios personajes. Jorge Luis Borges publicó *Luna de enfrente*, en 1925, con poemas, algunos de ellos tan emblemáticos como aquel de *El General Quiroga va en*

coche al muere. Había una enorme cantidad de teatros y había también una enorme cantidad de cines, como dije. En los teatros se representaba todo: desde zarzuelas y comedias de alto nivel, hasta cosas casi circenses. Pero había para todos los gustos. Y al mismo tiempo, el cine nos conectaba con las expresiones cinematográficas del mundo aunque las películas eran preferentemente norteamericanas.

De modo que cuando llegó Einstein a nuestro país la Argentina estaba pasando por un momento de singular brillo y de singular bienestar. Si uno lee los diarios de la época, esto no aparece dicho directamente, porque siempre había rezongos, siempre había críticas, siempre se habla mal de los políticos, siempre el gobierno merece toda clase de denuestos. Pero lo cierto es que el país caminaba, y caminaba en serio.

Lo que nadie pudo prever fue la catástrofe de 1930. Ese golpe militar que derroca un gobierno constitucional, elegido por el pueblo, y que de ninguna manera había cometido actos que justificaran semejantes desmanes. Significó el inicio de la decadencia argentina. Significó, por de pronto, la implantación del fraude electoral, lo cual aparejó el descrédito de la democracia, el escepticismo de buena parte de la opinión pública sobre la democracia. Significó abrir al militarismo el camino para futuros golpes de estado. Significó también la posibilidad de que la crisis económica, inevitable, que se venía porque había ya estallado en Europa, se manejara de modo tal que afectara a las clases populares sin tocar a los que habían detentado el poder tradicionalmente en la Argentina. Y sobre todo significó que ya las instituciones no gozaban del respeto casi sagrado del que habían gozado hasta ese momento. Después del 6 de septiembre de 1930 cualquier militar ambicioso tuvo la Casa de Gobierno en su mira.

Pero cuando llegó Einstein, cuando vino a Buenos Aires, cuando contempló sus barrios arbolados, cuando dialogó con sus colegas y con los estudiantes de La Plata y de Buenos Aires, él no podía ver sino otros aspectos positivos de este país, que existían desde luego, y que parecían permanentes. Lamentablemente, no lo fueron.

Muchas gracias.

A continuación se transcriben las preguntas del público (P) y respuestas del Prof. Félix Luna (FL):

P1: Yo escucho siempre a muchos políticos hablar de lo que ocurrió en 1920, etc... Pero me gustaría que usted hablara un poco sobre Roberto M. Ortíz.

FL: Bueno, Ortíz es un tema que ya viene varios años después. Es elegido presidente en 1937, es decir, doce años después del año del que estoy hablando. Yo le he dedicado un libro: *Ortíz, reportaje a la Argentina opulenta*, de modo que me remito un poco a lo que escribí ahí. Ortíz es una figura digna de respeto porque, si bien fue elegido presidente por medio de un fraude escandaloso, intentó remediarlo desde el poder. No pudo hacerlo. Diversos motivos, los factores que lo había acompañado para llevarlo al poder, su propia salud, frustraron esa intención tan noble. Y falleció dejando el poder en manos de su vicepresidente Castillo que no tenía la menor intención de higienizar los grupos políticos del país.

P2: ¿Qué conferencias pronunció Einstein en el país?

FL: Pronunció conferencias en Buenos Aires y en La Plata, y en Córdoba también. Pero de eso van a hablar otros conferencistas de este Ciclo. Yo me limito a hablar *del país* que vio Einstein.

P3: La mirada de Einstein del país... ¿Qué comentarios hizo del país?

FL: Comentarios muy elogiosos. Cuando él vuelve a Alemania y desembarca en Hamburgo, hizo comentarios muy elogiosos de la Argentina, de lo que había visto aquí, con la mirada naturalmente de un viajero que había estado un mes y pico nada más, y que se había limitado a frecuentar los medios con los cuales tenía afinidad. Pero están en los diarios, sus declaraciones, sobre todo en *La Prensa*, que le dio una gran importancia a su visita.

P4a: Quería saber si la presencia de Einstein trajo algún cambio en la actividad académica del país...

FL: Eso tendrían que responderlo los físicos que van a dictar conferencias aquí.

P4b: Y el segundo punto, por favor, es tratar de entender por qué se circunscribe en su presentación la vida cultural del país –que entiendo era muy amplia– a la ciudad de Buenos Aires, que comprendo fue el lugar donde Einstein estuvo, pero... ¿por qué no mencionar la educación universal...?

FL: La vida cultural en el sentido de revistas, de artículos, libros... se daba en Buenos Aires. En ese momento, ni Córdoba, ni Mendoza..., Tucumán... muy poco, tenían una vida cultural ni remotamente comparable a la de Buenos Aires. Ahora sí, el sistema educativo abarcaba todo el país, y en ese sentido era muy remarcable lo que se estaba haciendo.... [P4 menciona el Nacional Buenos Aires] ...por supuesto, en el Nacional

Buenos Aires, en el Otto Krause, en el Bernasconi, en el Montserrat de Córdoba también, y en algunos institutos privados, como el Inmaculada de Santa Fe, por ejemplo. Pero eso no lo mencioné demasiado en detalle porque no me pareció necesario.

P5: Yo quiero agradecer al Dr. Luna por su exposición. Me pareció brillante y de una calidez y una calidad de imágenes que prácticamente nos hizo vivir y recrear la situación que se narró...

FL: Muchas gracias, pero yo pregunté si había *preguntas*, no elogios. Pero se agradece el elogio...

P6: ¿Había algún científico que fuera aunque sea cercano a la calidad de Einstein en ese momento?

FL: Creo que Loyarte era bastante importante...

Coordinador: ...sí, y también un científico uruguayo: Loedel Palumbo, que en la reunión de la Academia de Ciencias Exactas le hizo una pregunta que luego derivó en un trabajo científico publicado en una revista alemana. Pero en efecto, Loyarte era uno de los científicos que conocía más...

FL: ...sí, y después de la visita de Einstein, Martín Gil publicó un artículo refutando o intentando refutar la teoría de la relatividad. Lo que se sabe es que Einstein quedó muy impresionado por el nivel científico en la Universidad de La Plata, que era la universidad más nueva, más renovadora, de un espíritu más amplio en ese momento.

P7: Doctor, en 1925 éramos un país deseado por todo el mundo. Ocupábamos el quinto lugar en el mundo en producto bruto per cápita; hoy ocupamos el lugar cincuenta y cinco. ¿Por qué bajamos así? ¿Hay algún proyecto de país?

FL: Bueno, eso excede completamente el tema de esta charla, ¿no? Daría lugar no a una, sino a diez charlas... ¿Por qué hemos descendido? Bueno, le digo solamente una cosa: lo que acabo de decir sobre el golpe de septiembre de 1930, que terminó con la continuidad institucional de la democracia, tuvo mucho que ver con esa decadencia, y con lo que vino después...

P8: ¿Hubo alguna conexión entre el golpe de 1930 y la crisis de Estados Unidos que hubo un año antes?

FL: Miren, yo creo que sí hubo una conexión entre la crisis y el golpe. Yo tengo una íntima convicción, que no está fundada en ningún hecho concreto, pero que yo no dejo de pensar que es así. Yo creo que, digamos, la oligarquía... para ponerle un nombre, el *establishment*, como quieran llamarlo, los que detentaban el poder económico, husmearon que la crisis se venía inevitablemente. Y no quisieron estar en el llano cuando la crisis se desatara en el país. Querían estar manejando los instrumentos del poder para

que los efectos de la crisis no los afectaran a ellos. Poder desviarlo. Y ese fue uno de los motivos del golpe del 1930, me parece. No tengo cómo probarlo, pero es mi hipótesis.

P9: ¿Vino solo?

FL: Sí, vino solo. Se alojó en la casa de una familia judía de Belgrano...

Coordinador: ...inicialmente iba a venir con su esposa, pero la enfermedad de la hija de la esposa –Einstein se había casado en segundas nupcias– hizo que viniera solo... Se alojó con la familia Wassermann, en Belgrano...

FL: Sí, no se dónde, en qué lugar de Belgrano... no debe existir ya la casa...

Coordinador: El historiador de la ciencia, Dr. Eduardo L. Ortiz, que también participa de este ciclo, comentó que la residencia fue adquirida por la Embajada del Japón, para residencia del embajador. De ahí en más se perdió el rastro y podría haber sido destruida... Quien tenga una guía telefónica de la década del 1920 seguramente la podrá encontrar... Sería interesante conocer la ubicación y saber qué hay hoy en dicho lugar.

FL: En esa época era común que la gente distinguida no se alojara en un hotel, sino en una casa de familia. El Príncipe de Gales, por ejemplo, se alojó en el palacio Duhau, donde es hoy la Embajada Francesa. Es decir, el Sr. Duhau cedió su residencia por el tiempo que el Príncipe iba a pasar su temporada aquí.

P10: Quisiera preguntar sobre el año 1925. Es un año que hacía poco que había ocurrido la represión en la Patagonia, entonces... no éramos tan democráticos...

FL: No, por supuesto que hubo..., no tendencialmente, pero circunstancialmente... claro que hubo cortocircuitos y hechos aberrantes. La represión de la huelga de los obreros de la Patagonia fue uno de ellos, como lo fue la semana trágica en el 1919. Yo no entré en demasiado detalle del gobierno de Yrigoyen, porque no era el tema que iba a desarrollar, pero sí, ocurrieron esas cosas. Pero eran como anecdóticas, diría, sin rebajar su gravedad. No era tendencial. La tendencia era la afirmación de las instituciones, de la democracia, la participación ciudadana, etc.

P11: ¿Qué hacía que Alvear siempre cambiara de rama del radicalismo?

FL: No, no cambió de rama. Él dejó que el radicalismo se dividiera porque, como cualquier presidente, él quería gobernar. Y para gobernar, le resultaba más cómodo sus amigos que los amigos de Yrigoyen. Eso fue todo. Y había dos concepciones distintas también: Yrigoyen tenía una idea más mesiánica del gobierno, Alvear tenía una idea mucho más normal de lo que el gobierno debía ser. “Mi gobierno es un gobierno de orden común”, dijo en su primer mensaje al Congreso, y eso sonó muy mal a los oídos de los yrigoyenistas, para los cuales el gobierno radical –después el Régimen (con mayúsculas) – había sido una verdadera revolución institucional.

P12a: La visita del Dr. Einstein, ¿fue por una iniciativa privada que lo invitaron?, porque él deseaba conocer la Universidad de La Plata, o...?

FL: Yo creo que había sido invitado por la Universidad de La Plata...

Coordinador: ...sobre todo por La Plata y por Buenos Aires, y también por grupos de asociaciones judías que contribuyeron con dinero para su viaje.

P12b: ... ¿los diarios también? Por ejemplo, ¿*La Prensa*?

FL: No, los diarios le dieron una gran cobertura, pero no creo que hayan puesto dinero en eso... Lo que sí se sabe es que cuando Einstein fue a dar su conferencia famosa a La Plata, después de reunirse, y después de dar la conferencia, el presidente de la universidad le dio un cheque por mil pesos. Y Einstein consideró tan enorme la cifra –que era, en realidad, enorme en esa época– que protestó y dijo que no, que de ninguna manera podía aceptarlo. Entonces, después de mucha discusión, quedaron en que sus honorarios por la conferencia serían de quinientos pesos, y que los otros quinientos quedarían para un subsidio, una beca, o un premio de tipo científico. Mire usted que ejemplo para seguir, ¿no? Digo, yo como conferencista... no me vendría mal que me pagaran el equivalente de los mil pesos 1925. Yo creo que el presidente de la República en esa época ganaba 800 pesos por mes. Ni siquiera mil...

P13: El valor de un auto...

FL: ...el valor de un auto... no, un auto valía más, eh!. Bueno, sí, un Ford por ahí, eran 800 o mil pesos...

Coordinador: ... era mucho dinero en aquella época.

FL: Era mucho dinero.

Coordinador: Lo que se gastó en Einstein para traerlo a la Argentina equivalía a un año completo de un profesor de la talla de Julio Rey Pastor. Doce veces el sueldo que tuvo Rey Pastor cuando llegó a la Argentina...

FL: ...sí. Rey Pastor era un matemático.... Y bien, fue un año en que no pasó nada. Pero los años en que no pasa nada son los años en que los países se afirman, prosperan, mejoran, evolucionan... Murió Pablo Iglesias, el fundador del socialismo español, murió José Ingenieros también. Vino, como dije, el Príncipe de Gales, el Maharajá de Kapurtala; hubo un derrumbe en el Tropezón... y lo más importante del año 1925 –y con eso termino esta disertación y les agradezco mucho a ustedes– lo más importante que pasó, además del viaje de Einstein, lo más importante... ¡es que nació yo!

Desgrabación y edición de Alejandro Gangui (coordinador)
Revisión de la desgrabación de la conferencia por Félix Luna.